



**PARTE**  
**I**



El sueño me vence. Sé que debería mantenerme despierta, pero no puedo. Miro hacia abajo, veo su pene dentro de mí y aun así me voy a quedar dormida. Es buena señal, ya que un hombre capaz de relajarme tanto, es que tiene algo. Sin embargo, en este momento, lo veo engorroso. Llego a decirle:

—No, no. Déjalo.

En un segundo mis sentidos cesan y ya no sé qué hace conmigo.

Despierto a medianoche, en una costa acantilada. Me asomo al borde de una preciosa caída de cuarenta metros, rematada por rocas en punta y una bola gris que no distingo bien. Me aparto, orino y asciende olor a musgo. Es un musgo negro que no solo recubre el suelo sino también a mí. Resulta agradable y me tumbo de nuevo a reposar, rodeada de caracoles. Duermen en sus conchas y yo con ellos.

La cafetera hirviendo. El agua sale clara. Quienquiera que la haya calentado olvidó llenar el filtro. Señal de que no debo tomar café.

Aprovecho el agua hirviendo para una taza de té. No hay nadie en casa.

Es de día. Alguien ha limpiado el musgo adherido a mi piel y lo ha recogido en un bote transparente en la mesa de centro del salón.

Me siento en un extremo del sofá de palés junto a la mesa. En el otro extremo, al lado del sofá, descansa un lienzo en blanco sobre un caballete. Espero a que el agua haya cogido sabor a té y arrojé la bolsita, que rebota contra el lienzo y cae al suelo, dejando en la tela una marca de la que gotean cuatro lágrimas. Un buen punto de partida.

A mano, en la mesa de madera, un pincel. Lo cojo, con intención de continuar la obra, cuando una voz a mis espaldas me interrumpe:

—Acabarás bebiendo el lienzo en infusión.

No parece mala idea. Y es que Lemuel suele tenerlas buenas. Me giro hacia él un tanto excitada, y él lo advierte.

—Mierda. Tienes pinta de haber dormido bien. Así no me rindes.

El jodido cabrón se equivoca, ya que he dormido a saltos, y en parte a la intemperie, aunque no voy a perder tiempo en desmentirle.

—El diecisiete —continúa—. Lo sabes, ¿verdad?

Lemuel se larga.

Retomo el cuadro. Dada la mancha del té, todo apunta a que vaya a ser un cuadro abstracto. Pero sé que en cuanto lo suba al taller, a la buhardilla, iré descubriendo figuras concretas. Allí es donde se debe pintar.

:: 12 ::

*4 de mayo*

O quizás debiera decir 3, porque he empalmado con la madrugada y vivo como si fuera todavía ayer. Poco importa, habiendo conocido a esta mujer, la pintora, la que imagino no se acuerda dónde ha pasado la madrugada y le da igual. ¿Por qué? Nos acostamos, pero se durmió (¡se me durmió!) mientras hacíamos el amor. Como represalia pensé incluso en abandonarla en el acantilado, pero al contemplar el paisaje, tan bello, y a ella, dormida, igual de bella, me apiadé. ¡Qué blando! Y me quedé vigilándola, desde la distancia, como quien anilla colibríes, solo que sin anillarla a ella. La vi orinar al alba, y después volver a dormirse, sorprendido por esa capacidad de no extrañarse de nada, de conciliar el sueño bajo cualquier circunstancia. Todo eso me conmovió, hasta el punto de llevarla a su casa y, tras limpiarla de musgo y recogerlo en un bote de vidrio, prepararle un café. Pero ella se despertó, y me largué. De modo que habrá oído la cafetera silbando, para señalar el café a punto de salirse, y no habrá encontrado a nadie alrededor. Tanto da, yo ya estaba tomando el ascensor para irme. Y a ella, tendré que olvidarla. Aunque, en el fondo, para qué negarlo (y desde la distancia que permite sobrellevar la humillación), qué personaje.

Una mujer que se duerme haciendo el amor. Daría para una buena historia.

:: 13 ::

Me gusta pintar en la oscuridad. Solo me ilumina una luz desde la otra punta de la buhardilla, a través de un velo gris. Empiezo los cuadros dejando que esa luz los alumbre, que proyecte figuras o yo imagine que las proyecta. Entonces las plasmó. Así pinto el retrato de Bibi desnuda, su imagen en una pantalla de ordenador, a través de un software de comunicaciones, en actitud de espera, a lo mejor de sexo virtual. De otra chica, en lo alto de una colina, en medio de la nada, meditando, con una preocupación serena, como si hablara con los muertos. De un investigador a través de una probeta, con los rasgos distorsionados, mostrando curiosidad y paciencia. De una pintora, yo, pintando un retrato de todos los anteriores, una suerte de broma para mí. También pinto gente imaginaria que me suscita algo parecido: los asistentes a una exposición, indistinguibles unos de otros. Un taxista ojo avizor de clientes. Un portero a la espera de que se crucen vecinos. Policías deseando que algún peatón cometa una falta que les anime el día. Personal de un instituto de investigación, suspirando por un descubrimiento. Los pasajeros de un tren, preguntándose si no preferirían quedarse ahí antes que llegar a su destino, o los de un vuelo, aguardando a que la cinta transportadora les devuelva equipajes vacíos. Lo reconozco: pasatiempos. A quien quiero pintar es al hombre del acantilado, pero no recuerdo bien su cara. Al final, lo intento.

Lo pinto escribiendo, es científico. De espaldas, pobre, así que no sé lo que escribe: ¿Un artículo? ¿Su diario? ¿Anotaciones sueltas que acabará perdiendo? Proyecto en él lo que me gustaría que fuese, un tipo que escribiera imágenes en vez de pintarlas, como yo. Alguien que se ahorrara el esfuerzo de hacerlas visibles cuando basta con plasmarlas por escrito para que otros sepan que existen. Pero no sé hacerlo de otra manera

y así están las cosas. Claro que yo podría acertar, y que a este hombre le gustara escribir, y sería una agradable coincidencia. O podría acabar creyendo en los poderes precognitivos de mi arte, en el fondo triviales si sirven para tan poco. De todas formas, no deja de ser una endeble apelación si la sentencia ya está decidida: lo he soñado todo. El hombre y la madrugada en el acantilado. Y si me dormí, es que nada de eso sucedió.

Pásame el polvo de mármol, Lemuel. Ah, no, que ya te has ido. Claro está, qué sueño más intenso. Y despertar en mi casa, delante de una cafetera, y todo eso, visto bien, es llamativo. Quizás por eso me he quedado dándole vueltas y aquí estoy, pintando al científico. Y seguro que por eso un enano se dedica a darme puñaladas dentro del estómago. ¿Cómo los expulso, al enano y al dolor? A base de toses, quizás. Cof, cof.

Sangre.

Toso sangre. Maldito enano, infiltrado como un tumor. ¿Pero quién te has creído que eres? Yo te anulo. El saco de arpillera, Lemuel, rásgalo y me alcanzas los retales. Ah, no, ya no estás, pues mejor. Si estuvieras, rematarías mi petición con una ironía, me reiría. Me distraerías. Y prefiero distraerme sola.

:: 14 ::

*7 de mayo*

En medio de mi diario anoto argumentos. Para eso subo aquí, a la buhardilla. El diario es el diario, pero a los argumentos hay que darles vida y la buhardilla es el espacio adecuado. No hay instalación eléctrica y camino a ciegas hasta el centro, donde doy con el escritorio y enciendo una lámpara a pilas. Ese breve paseo en la oscuridad siempre me ilumina, y la lámpara, al dar luz, parece que lo sepa. La lámpara es una media esfera translúcida, apoyada sobre el tablero. Cojo uno de mis cuadernos mensuales para diarios y un bolígrafo. La luz proyecta letras sobre el diario, dejo que revoloteen y, cuando se ponen en orden, las repaso con el bolígrafo.

Me da miedo la negrura que me rodea, sobre todo cuando cruje la madera, pero lo que vengo a escribir merece que me domine. La pintora, por ejemplo. Su historia. Pero no me sale. Divago. Antes pienso en mi ex. Imagino que ha vuelto de Holanda, no se encuentra cómoda aquí y desaparece, y preocupa a todos aquellos que la esperaban. No sigo, mejor me la quito de la cabeza. Imagino entonces a una madre. Una mujer elegante. ¿Por qué? Lo mismo da. Una astrónoma que estudia el horizonte del universo y descubre que proyecta información hacia su hija. La madre se dice que no quiere a su hija, que es capaz de convertirla con frialdad en un objeto de estudio a sus espaldas, pero el mero hecho de orquestar un dispositivo de vigilancia revela un retorcido amor. Tonterías. A ver si me centro. Escribo sobre Marco. Cansado de sus viajes, viene aquí. En realidad, cree que viene por trabajo. Pero cuando descubre una buhardilla como esta y lo que significa adentrarse en su oscuridad y aislarse de todo lo demás, se da cuenta de que su mejor destino es él mismo. Tonterías. Escribo sobre un científico como yo, que escribe sobre mi ex y sobre Marco.

Nada. Sobre la pintora, nada. Al menos, mi idea sobre Marco es graciosa, porque el principio va a ocurrir. Marco viene y yo me voy. Pero no me apetece que traste en la buhardilla. No le dejaré las llaves, ni siquiera le diré que existe. Que se busque otra.

:: 15 ::

—Ya te has distraído —dice Lemuel.

Cuatro retratos de un hombre escribiendo, de espaldas. De perfil a lo sumo. Ninguno muestra la cara de frente y, si lo hace, es en sombras. Yo lo encuentro muy productivo, y los he ido perfeccionando. El cuarto, el mejor. Lo he pintado con el musgo negro del acantilado para que crezca con vida propia. Cierto es que tanta variación de un mismo sujeto parece repetitiva, y Lemuel esperará algo más inspirado para antes del diecisiete, pero a la mierda si voy a hacer lo que ese cabrón

quiera. Más grave, el dolor, que yo creía que desaparecería al pintar, se ha ido acentuando.

—Tiene que salir —digo—. Si no, no podré hacer lo demás.

—Déjalo —replica Lemuel—. Este cuadro no tiene que ver contigo.

—Encuétralo —le corto—. Encuentra al tipo con el que me acosté hace una semana. Al que me presentaste.

—¿Que yo te lo presenté?

Me pregunto por qué se hace el tonto.

—¿Tú quieres que yo lo tenga todo listo el diecisiete?

Lemuel ladea la cabeza para ajustarse un hueso del cuello, que le cruje. Se marcha.

Pero tiene razón con que me he distraído. Así que amonto un cuadro del científico, otro y otro más, prendo fuego a una cerilla y la deajo caer en el lienzo de encima. Justo en el centro, quema la superficie hasta abrir un agujero por donde se desliza el resto del fósforo, aún con llama, a por el cuadro de abajo. Mi dolor va remitiendo. La promesa del fuego ha sofocado al enano interior.

Enciendo y suelto tres cerillas más. «Una por cuadro», pienso, cuando descubro que no me sale la cuenta. Eran cuatro cuadros y solo estoy convirtiendo en cenizas tres. Ah, no, cuarto, no escaparás de la ablución con llamas benditas solo por ser el mejor, pero al menos te habrás ganado el bautizo. Ventura, ese será tu nombre mientras ardas.

Localizo el retrato. ¿Quién lo ha puesto ahí? Apoyado sobre la pared, con el reverso hacia mí y el anverso hacia la pared, como si tratara de ocultarse. Sin éxito, o eso creo. Lo giro para ver el anverso, pero ya no está pintado. Está en blanco o, en concreto, lo está la parte que ocupaba la imagen de Ventura, escribiendo. Excepto su silueta, marcada con musgo.



10 de mayo

Por cinco minutos he dejado de pensar en Bárbara, así he llamado a la pintora. Con suerte, acertaré. Porque me la encontraré de nuevo, claro. Y si no, siempre puedo seguir imaginándola. Aquí, en Leiden, a tres horas de nubes a reacción de Valencia, quizás deje de recordarla con tanta intensidad, y cuando la vuelva a encontrar no pensaré en que se durmió conmigo entre los muslos, o incluso la habré olvidado lo suficiente como para confundirla con otra.

—¿Tú no eras la que...? Ah, ¿no? Entonces serías la que...

Espero que en Dehoer sean exigentes, que no me dejen respirar. Me han pedido un algoritmo para transcribir información transferida desde orígenes no convencionales, en sus propias palabras. Centrarme en eso debería bastar. Maldita sea, haber venido con antelación.

A pesar del lugar y de la época del año, hace calor como si hubieran prendido fuego a la madera del país. Solo he traído dos pantalones largos, pero si esto continúa tendré que recortarles las perneras. También podría ir a comprar otros nuevos, aunque eso prefiero evitarlo. En realidad, tengo ganas de escapar, de escapar de todo. Por eso me fastidia especialmente cuando suena el móvil, como ahora. Es Lemuel, así que evito contestar. Lo último que hizo fue presentarme a la pintora. No me queda un buen recuerdo.

Ronda por el dúplex un ejemplar de *Los viajes de Gulliver*. Va envuelto en plástico, será que Bibi no lo empezó. A modo de profanación, lo cojo.

*El musgo*: buen título para el cuadro que el cuarto Ventura deja atrás. No obstante, la mayor parte del musgo se ha ido,

y quizás sea lo que me ha aliviado. Con su huida, ha salvado los otros tres retratos. Se han quemado, pero solo en parte. No avivé el fuego, pensando que se habían ganado una segunda oportunidad. No me sirven para la exposición, aunque tener a mi alcance bocetos quemados de los tres primeros Venturas lo compensa con creces.

—También le he enviado un correo electrónico —dice Lemuel.

Apenas lo escucho, porque desde que el ocupante de *El musgo* escapó, me encuentro recuperada y me cuesta pensar en otra cosa. Lemuel se da cuenta y se marcha. Eso me serena. Le pediría que se quedara, asegurándole que ya está todo bien, ¡pero es tan lindo verlo de espaldas! Me recuerda los retratos quemados de Ventura. Ambos tienen espaldas parecidas. De hecho, si lo pienso bien, la espalda de Lemuel sería el lugar perfecto para que la figura de Ventura se camuflase, solapando su contorno sobre el de Lemuel, ya que no se notaría. Así que, después de todo, salgo de la buhardilla, bajo la escalera y corro hacia Lemuel. Cuando ya se encuentra en el umbral, le salto encima, rodeándole con mis brazos por la espalda, con mis manos cruzadas por delante de su pecho. Suspira, aceptándolo como una extravagancia. Al detenerse, me da margen para palparle la espalda, pero no advierto ninguna doble piel, ni lienzo sobre piel. Rasco, por si acaso. Ventura podría ser muy fino y pasarse por alto. Lemuel, esta vez, gime de placer, y enseguida me doy cuenta de que le confundo. Le suelto, alejándome medio metro, no lo suficiente como para ignorar su respiración agitada al volverse hacia mí.

—Me pones nervioso —dice.

:: 18 ::

*11 de mayo*

No quiero encerrarme en el dúplex, me trae malos recuerdos. De quien me lo ha dejado, claro. No me sorprende, pero deberé

acostumbrarme. Lo único que me gusta es que tiene buhardilla, como mi chalet de Valencia... Lástima que esté cerrada, aunque ni por asomo voy a llamar a Bibi para pedirle la llave.

Leo en un banco del parque *Los viajes de Gulliver*. Divertido. El protagonista estudió aquí, en Leiden. Quizás por eso lo compró Bibi. Se incendia el palacio real de los liliputienses y al gigantesco protagonista no se le ocurre otra cosa que sacar su descomunal minga sobre los presentes y orinarles encima para apagar las llamas. Lo consigue a costa de provocar una epidemia de asco que divide a la población entre los que le consideran un héroe o un degenerado. Menudo ingenuo. A nadie le gusta que una polla enorme planee sobre su cabeza, por más que le haya salvado.

Un caracol me sube por la pernera. Lo despego y se retrae en su concha. Lo deposito junto a sus colegas: el suelo está plagado de ellos.

Cierro el libro y vuelvo al dúplex. Cinco días aún para empezar en Dehoer. Camino el trayecto de seis minutos con la sensación de que alguien me sigue. Una vez dentro, desde el ventanal de la primera planta, vigilo la calle. Por un segundo, me parece vislumbrar a alguien en la esquina, vigilando. Podría ser yo, que hubiera ido más lento que yo mismo.

:: 19 ::

Esquivo a Lemuel, a la primera, pero a la segunda me alcanza. Me rodea el talle con sus brazos, como antes le rodeé con los míos. Esa especie de rima me tranquiliza. Si lo brutal es poético, podría tener sentido. En concreto, el sentido de olvidarme de V... pero eso ya está olvidado, ¿cierto? Su figura nunca ha existido, de ahí que no la encontrara sobre Lemuel, como el propio Ventura, que nunca existió, sino que lo creé yo. Y por eso me debo centrar en Lemuel, que sí está aquí, que me acaricia la mejilla con la mano y la sigue bajando sobre la ropa, rozando mi cuello, el contorno del seno, la cintura... hasta encontrar mi carne en el muslo. Suspiro.

Volvemos a mirarnos, él otra vez agitado.

—Me equivoqué cuando te dije que no pintaras al científico —dice—. Píntalo. Lo necesitas para librarte de él. Píntalo, y no hagas conmigo nada de lo que te podrías arrepentir.

Se marcha, esta vez caminando de espaldas, para no perderme de vista. Cruza la puerta entreabierta de la calle.

—Enciértrate —dice.

Y cierra.

:: 20 ::

*13 de mayo*

Durante mi lectura matutina en el parque, unos ladridos me distraen. Un lebrél afgano que persigue una paloma, o quizás un gato. Su dueña corre detrás, algo azarada. Como no lo alcanza, se para y le riñe de lejos. La chica se parece tanto a la pintora que no puedo apartar la vista, pero se da cuenta y se fija en mí, incómoda. Reanudo la lectura para disimular.

Sin darme cuenta, el afgano se encuentra de repente a mis pies. Se resguarda bajo el banco, en broma, por fastidiar a la dueña. La chica duda si acercárame. O sea, que el perro debe de fastidiarla más de lo que pretende. Me alzo para marcharme y zanjar la situación, cuando el afgano ladra de forma agresiva. Me giro en la dirección de los ladridos, hacia la esquina de la manzana frente al parque. Se repite la visión fugaz de ayer, la de una figura de hombre parecido a mí, que desaparece en cuanto se ve descubierto. Esta vez no cabe duda, en cuanto hemos cruzado la mirada, se ha largado. ¿Me ha sonreído, como si jugara conmigo, antes de doblar la esquina? El afgano me saca del ensimismamiento al salir despedido de debajo del banco hacia su dueña y golpear lo que tiene al paso, en este caso yo, que me he tambaleado estúpidamente.